



EL DOCTOR JOSE JOAQUIN CASAS, POLIGRAFO, POETA, MAESTRO DE JUVENTUDES

Por: Jorge Castaño Castillo

En plena mitad de la niñez, ansiosa de paisajes espirituales, de héroes y de libros hermosos, conocí al Maestro. En tiempos inmediatos a esos días áureos me habían traído de la Provincia de valles y leyendas seductoras donde se abrieron mis ojos a la poesía de las tardes ocre y los milagros ingenuos que manaron, como miel campesina, del lienzo aparecido bajo el limo del establo donde se levantó orgullosa la Catedral chiquinquireña.

Era dueño de obsesiones de belleza fijadas en la retina del alma. A poco de nacer, como en el éxodo bíblico de los nómades humildes que no entendieron a Cristo, mis padres me llevaron a las eglógicas tierras boyacenses; al retornar a esta vieja ciudad, con los hermanos, yo carecía de todo punto de referencia célica distinta a los hontanares de trigo bajo y móvil y a la mancha de los cedros oscurecidos por la altura húmeda y mística del bosque. La emoción catedralicia de esa región poblada de dulces nombres maternos, Terebinto, Los Sauces, el Ave María, Mirabuenos y El Hogar, colmaba por entero los sueños campesinos y aquella recordación del Corpus en la plaza del pueblo con sus animales vivos, las palmeras de dátiles y los múltiples frutos cromados que rebotaban las artesas pandas y los moyos de Ráquira, atravesados por espigas al lado los nidos de torcaz, para alegría de las ardillas rojas y ornamento de los corazones de papel plateado sobre el altar ingenuo, obra laboriosa de las manos de las niñas de la aldea...

Llegó el día del retorno como en la parábola de Ricardo Arenales y volvimos "al molino, donde íbamos..., donde iban los niños a jugar...".

El Maestro, el doctor Casas, nos recibió para el ingreso a su gran Colegio bogotano, el Liceo de PIO X, con aquel su donaire castellano y la honda voz magistral. Los nexos con su patria chica fueron el pasaporte venturoso. Varios años transcurrieron oyendo sus lecciones en todos los grados de la gramática, la retórica, la historia nacional, la apologética, pero sobre

todo en la enseñanza cívica que cobraba en su voz características de pasión y fe, porque sintetizaba el propósito de la teoría docente sobre la patria en desarrollo.

Del Maestro escuchamos con quebrado acento los episodios de la secesión del Istmo. La sanguinaria agonía de las guerras fratricidas en medio de las cuales rindió la jornada su más selecto hermano adolescente, el sacrificio pávido del Señor Sanclemente y muchas escenas dignas de la péñola del gran Pérez Galdós. La mañana luctuosa de Barrocolorado, la Constituyente republicana de Carlos E. Restrepo y muchas páginas más, revividas con adjetivos enervorecidos que él convertía en mística vocal, fijada severamente en el carácter de nuestra formación nacionalista. Era el Maestro implacable con los débiles y los manumisos; disculpaba muchas fallas menos los esguinces del alumno timorato. Era un guerrero del calificativo y un hidalgo indomable, siempre en trance de hacer sentir la honestidad y el orgullo a golpes de razón, con los nódulos de su ademán vehemente, aristocrático, que hendía casi físicamente, para moldearla, la mentalidad impresionable del adolescente, del niño, del hombre en fin.

El Maestro estuvo muy cerca a la Presidencia de la República y su pecho cruzado por el tricolor con sus valores heráldicos habría sido urna purísima de grandezas en la magistratura suprema; lo acompañamos alelados en esas horas de triunfo, de Primer Designado o de Ministro, de Embajador o Consejero de Estado, a sabiendas de que a la siguiente mañana nos exigiría completa la lección como si nada le hubiera sucedido. Era el señor que practicaba con estilo sumo el "decíamos ayer..." de Fray Luis en su retorno.

El Maestro era tan íntegro y entero como la hoja toledana que no interrumpe su verticalidad sino para recibir la empuñadura de metal noble sobre los gavilanes heráldicos, cuando ellos se convierten en cruz asidua bajo el puño de los caballeros. Sus ojos eran de acerado azul que escrutaba las almas con agudos reflejos de psicólogo y sabían languidecer también ante los dolores de la tierra. Alguna vez los contemplé nublados cuando una conmoción inconfesable amenazó la integridad personal del Magistrado que encarnaba, con dignísimo arrojo, la autoridad de la patria. Entonces me hizo vaticinios sabios que venturosamente se cumplieron.

Cien años recién transcurridos de su advenimiento son un mero signo episódico de la cronología, pero significan el hito de lo que fue la presencia de un gran hombre, de todo un hombre, en los estamentos de la sociedad política que él entendió como instrumento de la misión providencial en su prédica del bien a las generaciones auditoras de su palabra y su cultura cristianas. El Maestro era un patriota.

EL SENTIDO DE LO PLASTICO EN LA POESIA DE RAFAEL VASQUEZ

Por: Lino Gil Jaramillo

Entre los años 1920 y 1925 surgió en Colombia la generación llamada de "Los Nuevos", integrada por literatos y políticos que le imprimieron un ritmo más acelerado a las actividades intelectuales del país. Estos, al romper la pausa de convivencia republicana que la generación del Centenario había aplicado como sedante al ardor con que el rescoldo de las guerras civiles ampollaba al alma nacional e insuflar a derecha e izquierda nuevos estímulos para la gestión de los negocios públicos; y los otros, al quitar del rostro de la poesía ese velo romántico que le infundía misterio y encanto seguramente, pero que prolongaba sin razón su viudez de movimientos literarios ya superados en Europa.

Los centenaristas fueron, en verdad, gentes muy aplomadas, circunspectas y tolerantes en política. En el plato de trigo del republicanismo se intentó hacer comer a tigres de tan diferente pelambre como Benjamín Herrera, Aquilino Villegas y Eduardo Santos. Pero la primera postguerra trajo nuevos estímulos e incitaciones al menester político. El factor económico empezó a jugar papel preponderante en el ajeteo de los partidos, y así fue como al paso que la izquierda con Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Luis Vidales y otros que, como Alberto Lleras, no caben muy holgados dentro de esa denominación —sobre todo por el afán que han demostrado después en olvidar lo mejor de su pasado— revivía el férvido anhelo del general Rafael Uribe de que el liberalismo tomase principios constructivos de las canteras inagotables del socialismo, las derechas con "Los Leopardos" a la cabeza —Silvio Villegas, José Camacho Carreño, Eliseo Arango y Augusto Ramírez Moreno— preconizaban la "República Financiera", la regimentación agresiva de los cuadros políticos y la táctica de las manifestaciones procesionales en todo el país. En uno u otro sentido se buscaban —y vinieron— nuevas formas de relación en el campo ideológico.